

El cazador solitario

Ella lloraba. No había manera de hacerla callar. Tenía un ataque de nervios. Su cuerpo adolescente, apenas cubierto por una bata de baño blanca, temblaba entero sacudido por un terremoto de miedo, de angustia. Sus ojos claros se nublaban por el llanto; su boca se movía desesperadamente bajo la mordaza, tratando de liberar un grito imposible. Sacudía la cabeza como un condenado a muerte en el momento final de la silla eléctrica. Estaba atada, esperando no sabía qué. Le dolía mucho. Todo le dolía.

—Ya están por llegar —le dijo el hombre con un tono entre hosco y divertido.

Se acercó. Ella intentó patalear, pero sus pies también estaban atados. El hombre se inclinó y acercó su cara hasta quedar apenas a pocos centímetros. Ella olió su aliento a menta. Él sonrió con dientes blancos, perfectos.

—Sos muy hermosa —dijo—. De verdad me dio mucho placer conocerte.

Luego soltó una risa horrible, más parecida al hipo, aguda, desagradable, esa misma que ella había escuchado horas antes, cuando él... Cerró los ojos. No quería recordar, no quería pensar en lo sucedido. Le vino a la mente el olor dulzón a desodorante de aquel cuerpo tenso, musculoso, sudado. Hizo una arcada.

—¡Ah, no! Eso no —dijo él y alejó la cara—. No quiero enchastres, ¿entendiste? —la sacudió por los hombros.

Ella luchó contra la sensación que le subía desde el estómago.

—¿Entendiste? —repitió él, con los dientes apretados.

La agarró de los pelos. Ella hizo una mueca de dolor y asintió con movimientos rápidos. ¿Cómo alguien podía cambiar tanto? ¿Cómo podía haber sido tan estúpida para confiar en alguien así?

Afuera se oyó el sonido de un motor.

8 —Llegaron —dijo él, apartándose.

Descorrió la cortina para ver una camioneta oscura.

Dos hombres se bajaron, un tercero quedó tras el volante. Los hombres llevaban pantalones, camperas y calzados deportivos. Ambos tenían gorras con visera y lentes oscuros, pese a que ya estaba cayendo la noche.

Aunque nunca antes los había visto, el hombre de la casa abrió la puerta sin decir nada. Los dos entraron en silencio. El primero era bajo y gordo. Se notaba que no hacía ejercicios de ningún tipo y que comía toda clase de porquerías llenas de grasa. Eso al hombre de la casa no le gustaba. Despreciaba a las personas que no cuidaban de su cuerpo. El cuerpo era un templo, algo sagrado, único. El segundo era más alto, tenía la cara como una máscara de cera y lo miró un segundo a través de sus lentes Ray-Ban de aviador. La mirada hizo bajar de golpe la temperatura. Ese era de cuidado, frío, letal. Mejor apartarse, pensó el hombre.

El gordo se inclinó hacia la chica. La miró de cerca, sin quitarse los anteojos. Sonrió. Le pasó una mano por el pelo desgreñado.

—¿La lastimaste? —preguntó.

—Claro que no.

Ella retrocedió la cabeza contra el respaldo y la sacudió. Intentó gritar, pero su voz seguía silenciada por la mordaza.

El hombre gordo suspiró y se acercó un poco más a ella. Parecía tranquilo, como si aquello no fuera más que un mero trámite, algo que hacía por centésima vez.

—Mirá —dijo a la chica con la voz calma, suave—, la empresa te eligió para hacer un trabajo... —dudó—, digamos que *artístico* —sonrió y miró a su compañero, pero este no hizo gesto alguno—. Vas a venir con nosotros y te prometo que no te va a pasar nada, pero solo si te portás bien —su tono era amable, tranquilizador—. Después vas a poder volver a tu casa. Querés volver a tu casa, ¿verdad?

9

Ella asintió con varios movimientos de cabeza, las lágrimas le chorreaban por la cara.

—Bien, bien, así me gusta —el gordo le pasó nuevamente la mano por el pelo—. Porque ¿sabés? Hay distintas maneras de hacer esto y de verdad es mucho mejor hacerme caso a mí que hacer enojar a mi amigo. ¿O a lo mejor querés quedarte acá, con el señor Sade? Sabemos que es muy cariñoso con las chicas.

Las imágenes de lo ocurrido se encendieron en la mente de la chica. Las manos grandes, fuertes, que la sujetaban, el olor, el peso del hombre, el dolor profundo. Hizo otra arcada. No, no quería eso, no otra vez. Nunca.

No.

Negó con la cabeza. Quería irse de allí, lejos de aquel hombre, de aquellas imágenes. Cerró los ojos. A lo mejor todo era una pesadilla. Quizá despertara en cualquier momento. Los abrió: ellos seguían allí.

—Bien, bien, entonces nos vamos —el gordo miró a su acompañante.

Este se arrimó, desató a la chica, ella se apuró a cubrirse con la bata. El hombre alto le pasó un brazo por la espalda. Ella tembló como un gato asustado. Él le pasó el otro brazo por debajo de las piernas. La levantó sin ningún esfuerzo, parecía hecha de plumas. La cargó como a una niña pequeña. Ella se quedó quieta, quietita, sentía que todo giraba alrededor. Recordó que el hombre le había dado a beber un líquido amargo. ¿Sería un calmante? Cerró los ojos. Se sentía mareada. Veía su casa, su cuarto, su propia cama. ¿Dónde estaba su madre? Solo quería dormir, dormir para siempre.

El hombre alto salió y llevó a la chica dormida a la camioneta. Adentro, el gordo entregó al dueño de casa un sobre marrón.

—Acá está todo.

El hombre tomó el sobre y lo miró. Estaba a punto de abrirlo.

—Supongo que no vas a faltarme el respeto contándolo, ¿verdad?

El señor Sade volvió a mirar el sobre y sacudió la cabeza.

La puerta se cerró. Se quedó mirando por la ventana hasta que la camioneta se perdió en la noche recién estrenada.

Luego se sentó y contó el dinero. Se levantó y fue hasta su cuarto. Hizo la cama, doblando con cuidado y exactitud los bordes de la sábana. Luego vio la *laptop* que estaba cerrada sobre una silla en un rincón del cuarto. Era de ella. La había traído. Se la había pedido con la excusa de pasarle unos archivos. Ya tendría tiempo de conectarse y borrar todo posible rastro. Terminó de hacer la cama y fue a la cocina. Abrió la heladera y sacó una lata de bebida energizante. La bebió entera, sin respirar. Luego se quitó

la remera, volvió al *living* e hizo una docena de lagartijas sobre el piso de piedra laja. Sus músculos torneados por años de hacer pesas y gimnasia se tensaron. Las venas eran ríos surcando un mapa. Se sentó en el suelo e hizo abdominales hasta quedar empapado en sudor.

Se metió en la ducha y abrió el grifo de agua fría. Recordó con satisfacción todo el proceso vivido con aquella chica.

Primero la búsqueda. Esa parte le gustaba mucho: el cazador en busca de una presa. Encontrarla, alguien que se separaba de la manada, como en las documentales de África. Ponerse en contacto. Recordaba cómo se había conectado con ella, el sondeo paulatino de sus gustos, sus sueños. Y luego, simplemente, ofrecerse a cumplirlos. Verse por primera vez, jugando al tímido hombre de negocios, desinteresado, generoso, dispuesto a ayudar. Convencerla de dar un paso más y otro y otro, hasta lograr su primer objetivo.

Vertió champú en su mano y se lavó la cabeza. Se froto el pelo corto, parejo, prolijo. Suspiró. Le gustaba sentir el agua helada sobre la piel. Eso lo calmaba.

Pensó en las sesiones. De a poco, un día, otro. Hasta hacerla perder el miedo. Y entonces llevarla en auto de paseo a alguna parte, montar todo el equipo, contarle tristes historias de su infancia —en parte ciertas—, ganar su total confianza.

Dio por terminado el baño y comenzó a secarse meticulosamente. Esa tarde no se había andado con vueltas. Nada de amabilidad, nada de palabras buenas. Por fin había hecho lo que tanto deseaba durante todo el proceso. Ella, sorprendida, se resistió al comienzo. Ahora él se miraba los brazos. Tenía algunos arañazos. Pero estaba acostumbrado. Igual ella terminó por obedecer.

Un cuchillo encima de la mesa de luz resultó ser muy convincente. Ni hizo falta agarrarlo. Bastó con mirarlo, bastaba con que ella lo viera mirando el cuchillo. Sonrió. Imaginaba un diálogo con un juez.

—*¿Pero él la amenazó con un cuchillo?*

Ella no podría decir eso, jamás.

12 Y lo mejor de todo era que si se lo hubiera pedido con dulzura, ella habría dicho que sí. Eso era parte de su juego, que el deseo fuera en las dos direcciones. Desanudarlo, soltarlo, abrirle las puertas, pero mantenerse a distancia. Todo un caballero. Pero qué gracia tendría eso. La aceptación le quitaba todo atractivo y no hacía más que confirmar lo que él sabía, su opinión, lo que creía acerca de ella, de todas. Él tenía que dominar, conquistar, poseer, poseerlas. Tenían que saber quién era el que mandaba.

Terminó de secarse. Ella tenía un cuerpo espectacular, igual que una mujer. La había deseado intensamente todo el tiempo en que duró el juego. Pero se había contenido hasta ese día. Las reglas eran las reglas. Romperlas implicaba riesgos importantes. Recordó la mirada del hombre alto oculta tras los lentes. No, no se bromeaba con aquellos tipos.

Pero había sido difícil aguantarse. Cada visita de ella... Cómo la había anhelado al verla apenas cubierta por la luz blanca, al verla poner caras, gestos, hacer ademanes, inclinarse, ponerse de frente, de costado frente a la cámara. Modelo. Todas querían ser modelos. Las venas se le habían inundado de lava, un fuego que lo consumía por dentro, una sed casi imposible de aplacar.

Pero lo había contenido el miedo al castigo.

Las reglas de la empresa eran estrictas. Solo el último día y solo a modo de ablande final. Ahí sí, llegaba el momento en que podía quebrarla, para siempre. Pero nada

de marcas, ni daño. Ellas debían mantener cierta rota frescura, esa que las volvía más valiosas para el trabajo que les esperaba.

Se paró frente al espejo. Endureció los músculos, sus abdominales, se miró la cara. Alguien le había dicho que tenía aspecto de galán de telenovela norteamericana, una cara simétrica, de muñeco, de Ken, aquel novio eunuco de Barbie. Eso siempre le había sido muy útil. Las mujeres no desconfían de los lindos. De pronto una sombra le cruzó el pensamiento. Recordó las burlas de sus compañeros de clase, el apodo que tanto detestaba, los golpes de su madre con aquellas chancletas de goma, y lo otro. Se le nubló la vista y por un instante vio todo rojo. ¿Por qué? ¿Por qué? Algo le atenazó la garganta. Sintió un ramalazo de furia y golpeó el espejo con el puño. Se lastimó la mano, pero no mucho. Se lavó la herida, respiró hondo, ya había pasado el ataque. Se puso desinfectante, se vendó y volvió al *living*. Miró el sobre.

Sonó el teléfono. Atendió.

—Sade —afirmó la voz del gerente.

—Sí.

—Todo salió bien —otra afirmación.

—Sí.

—Ahora, amigo, a quedarse tranqui por un tiempito, ¿verdad? La cosa se va a poner medio caliente, ¿no? Va a tener que arreglárselas solo —el gerente soltó una risa desagradable.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el señor Sade—. Tengo... eh, urgencias.

—¿Urgencias? Su única urgencia, amigo, es hacer lo que le pedimos, ¿está claro? Es como dice la Biblia: mejor que no le hagan a uno lo que uno les hace a los demás, ¿verdad? Seguro que usted no quiere eso, ¿verdad, amigo?

—rio y cambió el tono—. ¿O a lo mejor le gustaría? Todo el mundo tiene derecho a probar cosas nuevas —otra vez esa risa que le sonaba como de verdulero.

—No, no —pensó en corregirle aquella cita de la Biblia, pero desistió. No se contradecía al gerente.

—Bien, bien, nada de cagadas, Sade. Quédese pancho, amigo, que ya le vamos a avisar. ¿Tiene algo en vista o prefiere cambiar de lugar? Sabe que si una va a ser relajo, dos será un gran despedote. Una más y cambiamos —dijo el gerente—. Pero dígame, es algo que me da curiosidad. ¿Por qué usa ese nombre? ¿No es como que medio obvio? En su caso, ya que se trata de gente muy joven, debería llamarse, no sé, Mickey o Barney.

14

Sintió que la risa ordinaria del gerente le ensuciaba el oído.

—Bueno, ya está, usted me divierte bastante, Sade. Pero solo una más. Dígame que puede manejarlo sin problemas.

—Sí.

—Quiero que lo diga.

—Puedo manejarlo sin problemas, señor.

—Solo una, ¿verdad?

—Sí.

—Sí ¿qué?

—Sí, señor —Sade mordió la última palabra.

Era mentira. No pensaba en una, sino en varias. La empresa no tenía por qué enterarse de todo. Ya lo había hecho antes. La primera vez en aquella ciudad, donde había tenido su primera experiencia grande. Antes de eso, solo habían sido presas ocasionales, aquí o allá. Sin método, sin control, sin juego. Por eso le gustaban los lugares como aquel, pequeños, distantes, con poca gente, apenas dos o tres mil personas. ¿Qué gracia tenía cazar

en la gran ciudad? Era como pescar en un acuario. Eso ya no le gustaba más. A nadie le importaba, la conmoción era pequeña. Apenas un recuadro al pie de la página policial. Él se merecía mucho más. Merecía primeras páginas, titulares grandes, fama, letras gruesas. Hacer que todos le temieran. Un lugar pequeño aumentaba el peligro, pero eso multiplicaba la emoción, la conmoción. Todo se magnificaba, por la cercanía, porque todos se conocían... Era más difícil no ser visto, más complicado no ser atrapado. Requería de una inteligencia superior, una mente privilegiada, como la suya. Su madre estaría orgullosa... Ah, su madre, la que todos creían tan buena, tan cariñosa. Él la conocía de verdad; la suya, de las puertas adentro era otra madre. Una mujer oscura y terrible que habitaba aquel caserón. Que lo llamaba desde el piso de arriba. No, no, a esa no la conocía nadie más. Solo él. Solo él. El rojo le volvió a nublar la vista. Se apoyó en la pared, respiró hondo por la nariz, dejó que el aire inflara su barriga una, y otra y otra vez. Se dominó.

El impulso estaba ahí de nuevo. Tenía que volver a cazar. Cuanto antes.

Esta vez armaría un gran escándalo y luego se iría. Como siempre, libre, satisfecho. A buscar otros territorios llenos de gacelas inocentes.

Miró por la ventana. Vio las luces encendidas a lo largo de la calle desierta. La mayoría de las casas de la cuadra estarían vacías hasta el verano. Allá, a pocas cuadras, estaba el mar, oscuro, acechante.

Igual que él.

Allí, agazapado.

El cazador solitario.